

de Moron, y si cuando solo tenia trescientas lanzas y doscientos ballesteros hacia prodigios, calculad lo que hará ahora que tiene todo un reino de gente brava y ansiosa de cobrar de los cristianos lo que los cristianos les han quitado. Pero sea lo que fuere, que ya nos lo dirán, ¿á qué hemos venido aquí?

—Hemos venido porque nos ha citado aquel Damian, aquel paje de la infanta doña Juana Nuñez.

—Pues á mí no me ha citado nadie, dijo el Zurdo.

—Me han citado á mí con vos, y esto es lo mismo; yo os he traído, y no os he hablado de eso hasta ahora, porque desde el momento en que nos vimos, nos metimos en la disputa de si nuestra señora era hombre ó mujer, en la que hemos continuado hasta ahora.

—¿Y para qué nos querrá ese Damian, á quien no puedo tragar porque me parece un pícaro?

—Ya lo veremos, hermano albéitar, ya lo veremos; pero me parece que alguien se acerca, y no es el paje, vive Dios, no es el paje: estas pisadas son mas fuertes que las tuyas y suenan á espuelas.

En efecto, por un callejon por donde se llegaba al cuartucho en que estaba Melchor Zancudo y Diego de Moron, se acercaban fuertes pasos haciendo sonar unas ruidosas espuelas.

A poco apareció en la puerta un hombre atlético, moreno hasta parecer aceitunado, con la boca prominente, la nariz roma, y los ojos vivos, penetrantes é inquietos.

Este hombre era Ben-Tayde, el jefe ó alcaide de los escuderos del infante don Juan.

CAPITULO IX.

CÓMO SE SIEMBRA LA CALUMNIA.

I.

Ben-Tayde, que era muy aficionado á los colores vivos y á los relumbrones, vestia un bonete de tela de oro sobre grana, sayo de paño rojo con largas mangas perdidas, muceta ó esclavina corta, azul, con capuz, calzas de lana fina rayadas de azul y blanco y borceguies de velludo rojo, sobre los cuales se ajustaban unas grandes espuelas doradas de caballero.

Llevaba además, como distintivo de tal, una pesada cadena dorada al cuello, al costado fuerte y ancha espada, y á la cintura agudo y largo puñal.

Entróse en el aposento sin reparo, sentóse en un banquillo, y dijo mirando fija y audazmente al alférez:

—¿Vos sois don Melchor Zancudo, que en otro tiempo fuisteis hampon y bachiller y despues alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva y ahora sois capitan de la gen-

te de armas de la señora infanta de Granada doña María, ahijada de la reina?

—Todo eso es cierto; y qué, dijo Zancudo irritado por la mirada audaz y provocativa que mantenía fija en él Ben-Tayde.

Este no contestó á Zancudo, y volviéndose á Diego de Moron, le dijo:

—¿Y vos sois el Zurdo, una especie de zorro viejo, albéitar de no sé que villa, zahorí, ensalmador y envenenador, que habeis servido en la compañía franca y que ahora servís á la señora infanta doña María?

—Todo eso es cierto, dijo con alguna mas irritacion que la que sentia Zancudo el Zurdo, menos lo de ensalmador y envenenador.

Ben-Tayde no contestó, sino que tomó el jarro lleno aún hasta la mitad, y con desprecio de los mandamientos de Mahoma, se echó al colete un gran trago.

Dejó despues el jarro sobre la mesa, se limpió la boca con el extremo de una de sus largas mangas, y dijo:

—¡Vive Dios, que creí que no salíais nunca!

—Y bien, ¿quién sois vos, dijo Zancudo con cuanta descortesía, cuanta insolencia y cuanta amenaza despreciativa le fué posible, ni que os importaba á vos que nosotros saliéramos ó no saliéramos?

—Hermano, contestó Ben-Tayde, os advierto que si lo tomáis á fuero y se me os atreveis mas de lo justo, va á haber aquí una de todos los diablos, y no sabemos quién saldrá con la cabeza rota.

—Pues para que yo no os hablase así, debierais vos haber hablado mas comedido, y sabed que tanto se me da que me rompan la cabeza como rompérsela á otro, porque yo no guardo la mia para olla de escabeche, y abreviemos y sepamos quién sois y lo que quereis.

—Yo me llamo don Ayesa-ben-Tayde, soy moro africano y escudero del señor rey don Juan.

—Cogíte, exclamó Zancudo lanzándose como un tigre á Ben-Tayde y asiéndole por el collarin del sayo.

Pero Ben-Tayde asió la muñeca de la mano que le tenía asido, y la apretó de tal manera que la mano se abrió.

—Sentaos y oid y dejaos de bromas, dijo Ben-Tayde, y sobre todo no me estropeis mis galas.

Sentóse dominado por la irritante serenidad de Ben-Tayde Zancudo, y se quedó mirándole de una manera hostil.

—Mi señor, dijo, os ofrece á vos, señor caballero, y á vos, hermano zahorí, hacedor de filtros, al primero la mejor villa que quiera en el reino de Leon, al segundo cuanto oro le pida.

—Muy bien, exclamó Zancudo; vuestro señor ofrece, pero por lo que ofrece, ¿qué es lo que quiere?

II.

A este tiempo una cuarta persona se habia acercado á la puerta del aposento, y sin dejarse ver, escuchaba.

Esta persona era Damian de la Espina, paje y confidente de la Palomilla.

Tenia toda su alma en los oidos, y no perdía una sola palabra.

—Mi amo, dijo Ben-Tayde, quiere muchas cosas que vosotros podeis hacer.

—Veamos qué cosas son esas.

—En primer lugar hay que cortarle los vuelos al infante don Enrique el Senador, que es un pícaro que no mira mas que á su provecho, y que ha engañado á mi amo mas de tres veces y en cosas graves: ahora junta córtes en Cuellar para engañar á los nécios personeros de los concejos, seducir á los próceres y á los prelados, y hacer que las córtes manden que se venda la villa de Tarifa. Esto no conviene al rey don Juan, porque ya reine en Castilla el infante don Fernando, ya el infante don Alfonso, son sus sobrinos, y naturalmente debe mirar por ellos, en cuanto á

él no le interese: á mas de esto, que ya reinen el uno ó el otro, como el legítimo señor de estos reinos es el señor rey don Juan el I, mi amo, no quiere que se los desmembre ningun traidor.

—Perfectamente, dijo Zancudo, en lo mismo estoy yo, y no tengo ningun inconveniente en servir contra el infante don Enrique al infante don Juan.

—Al rey don Juan, dijo Ben-Tayde.

—Llamadle vos rey en buen hora, y preste Juan, y papa si quereis, que dar dictados no cuesta gran trabajo, y dejadme á mí que le llame infante, que poco inporta que yo se lo llame si es rey; porque os advierto, que yo no conozco otro rey de Castilla, de Leon, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de las Estremaduras, de las Andalucías, que al señor rey don Fernando el IV, por quien he vertido mi sangre y seguiré vertiéndola.

—Y yo, contestó Diego de Moron.

—Bien, no disputemos por eso, dijo el astuto Ben-Tayde encogiendo las uñas al ver que eran dos contra él y no mancos, y que no los habia puesto de su parte, ó mejor dicho, de parte del infante don Juan, el largo ofrecimiento que les habia hecho en su nombre: vengamos al caso: importa que ya que no reventó dias atrás el infante don Enrique, porque sin duda no cargó la mano lo que debiera el señor Diego de Moron en la ponzoña que dió á la infanta doña Juana Nuñez para que la diera á su marido, la apriete ahora.

—¿Y quién os ha dicho á vos que yo he dado ponzoña á nadie contra nadie? saltó vivamente Diego de Moron.

—Habeis de saber, hermano, contestó Ben-Tayde, que mi amo el rey don Juan, como que le importa, se hace servir bien y tiene en todas partes gente que escucha, y como que le importaba saber cuanto pudiese de las cosas del caballero del Aguila Roja, escuchas tenia que oyeron lo que hablásteis una tarde vosotros dos en el campo de la compañía franca sobre la villa de Paredes.

—Pues roban esos escuchas á vuestro amo el dinero que les da, dijo Diego de Moron.

—Hemos dicho, continuó con su eterna calma Ben-Tayde,

que os importa muy poco dar de través con el infante don Enrique, que es un mal hombre que á nadie quiere mas que á sí mismo, y que por medrar tira á degüello á todo el mundo.

—Hasta ahora vamos bien, dijo Zancudo: ¿y cómo creéis que puede darse de través con el infante don Enrique el Senador, que anda muy receloso?

—Pero su esposa doña Juana Nuñez hace de él lo que quiere.

—Entonces quiso enterrarle, dijo Zancudo, porque como andaba enamorada de nuestro capitan, el infante don Gutierre, y queria casarse con él, era necesario quitar de en medio al viejo infante don Enrique: pero ahora es distinto; el caballero del Aguila Roja ha desaparecido, y aun cuando nosotros sabemos dónde está, en tal lugar se encuentra que no puede casarse con él doña Juana.

Sonrió de una manera burlona Ben-Tayde.

—Como que querreis hacerme creer á mí, dijo Zancudo, que yo me engaño y que no sé donde está el infante don Gutierre, caballero del Aguila Roja, y quién es y cómo se llama ahora.

—Fácil es que lo sepais; debeis saberlo; contestó Ben-Taide sonriendo siempre, porque estais á su servicio.

—¿Lo veis, señor Diego de Moron? exclamó Zancudo: ¿lo veis si decia yo bien? ¿Y que me hayais embaucado con vuestro cuento de la hermandad!

—¿Bah! dijo Ben-Tayde; la que se ha llamado doña María de Granada y de Molina, ha sido siempre un hombre.

—¿Lo veis, señor Diego de Moron? dijo Zancudo.

—Yo no veo, oigo, contestó sentenciosamente el albéitar.

—Y ois la verdad, dijo Ben-Tayde; y para que lo creais voy á contaros una historia. Cuando mi amo se escapó de Granada por asistir, si podia llegar á tiempo, á la muerte del rey don Sancho su hermano, como que tanto le importaba, se vino con él un infante mozo, como que solo tenia quince años, hijo del rey de Granada, huido de su padre, porque este no le descabezase, á causa de que, incitado el jóven infante por algunos moros de la

Alpujarra, habia querido alzarse con el señorío de aquellas montañas. Ahora bien, como el infante Ismail-ben-Mohamet era muy hermoso, y por su poca edad no tenia pelo de barba, mi amo, para asegurar mejor su fuga, le vistió de mujer y se le trajo á Castilla. Mi señor llegó á Toledo la misma noche que moria su hermano el rey don Sancho, se entró en el Alcázar, encubierto, y se presentó á la reina doña María; y esta, valiéndose de don Alfonso Perez de Guzman y de sus servidores, le echó fuera: vióse precisado á huir, huimos con él, y como nos estorbaba el infante Ismail, le aconsejamos que se presentara á la reina doña María, diciendo que era una infanta mora huida de Granada, y le dejamos en la puerta del puente de San Martin. La reina le recibió muy bien, le acarició creyéndole mujer, le bautizó llamándole doña María de Granada y le hizo su camarera. Tres años estuvo el infante al lado de la reina sin que nadie supiese que era hombre.

—Pero señor, ¿y en tres años no le han salido las barbas al tal infante? dijo Diego de Moron con acento de triunfo.

—Los moros tenemos un unto hecho con yerbas corrosivas y enjundia de rana, con cuyo unto nos quitamos, las mujeres el vello, los hombres aquella parte de barba que por subirse á los ojos afea el semblante; pero ya que me habeis puesto ese reparo, hermano herrador, y que estais sirviendo á la fingida doña María, observad con atencion de tiempo en tiempo, cómo de cuatro en cuatro dias, y vereis que le azulean las mejillas, y que tiene así como asomos de barba, porque para que el unto produzca su efecto, es necesario dejar que la barba apunte un si es no es.

—Me parece á mí, dijo Diego de Moron, que todavía no han entrado untos en aquella cara de gloria.

—¿Qué sabeis vos de eso? dijo Zancudo; me parece que tiene razon y mucha el señor escudero del infante don Juan; pero como vos estais enamorado miserablemente, aunque lo callais porque no os azoten, de la que teneis por infanta, no quereis creer que es infante.

—No es solo el señor Diego de Moron, dijo Ben-Tayde, de-

jando ver una sonrisa de malvado, quien se abrasa en amores por doña María de Granada.

—¿Y quién, quién? dijo Zancudo, ¿la señora infanta doña Juana?

—Esa está desesperada porque cree mujer al infante Ismail; pero la otra persona que le adora sabe que es hombre.

—¿Y quién es esa persona? insistió Zancudo creciendo en interés.

—La reina, dijo con una audacia insufrible Ben-Tayde.

III.

Sucedió un silencio profundo.

Aquella revelacion habia caido como una bomba de á catorce pulgadas podia caer hoy entre tres personas en una conversacion, causando su espanto.

Aquella bomba habia destruido un edificio firmísimo, el de la reputacion de castidad de la reina doña María.

La calumnia, que ya habia murmurado harto, aunque por lo bajo, venia de otro lado y tomaba un camino absurdo: pero, ¿qué importa? el calumniador sabe bien que el vulgo es necio y mal intencionado, y cuenta sobre seguro con su estupidez y con su maldad.

Si hubieran podido ver á Damian de la Espina, hubieran visto su mirada dilatada, hambrienta como la del gato que ve la presa indefensa; su boca entreabierta y agitada por una leve é infame convulsion, si se nos permite la frase.

—Con que, dijo Ben-Tayde levantándose, no quiero detenerme mas; todo cuanto querais por la vida del infante don Enrique, y porque todo el mundo sepa que es un hombre disfrazado de mujer la infanta doña María de Granada.

—Sentaos, sentaos un momento y esplicad eso, dijo el Zurdo; no querais hacerme creer que los asnos vuelan: ¿qué pruebas

teneis de que la infanta doña María no es una noble doncella sino un hombre miserable?

—La prueba la teneis en su bravura, de que habeis sido testigos cuando aparecia como capitán vuestro: ¿pues qué una mujer puede regir un caballo de batalla, y manejar la lanza, la maza y la espada, como el infante Ismail-ben-Mohamed, que es un león bravo?

—Cuando Dios quiere.....

—Dios no quiere nunca que la oveja se coma al lobo, contestó Ben-Tayde; no seais necio, estad seguro de que es hombre y bravo, y enamorado de la reina el infante Ismail, y porque á la reina adora se salió hace meses del Alcázar, y se fué al campo con su traje y sus armas propias, y sirvió á la reina de tal manera, que por él los aragoneses no pudieron tomar la villa de Mayorga, dando tiempo á que les acometiese la peste, y que por él, y no por don Diego y don Nuño de Haro ni por los otros ricos hombres que allí estaban, se vió á punto de entregarse la villa de Paredes; pero la reina no puede vivir sin él, y el infante Ismail ha vuelto á tomar el disfraz de mujer: si aceptais el partido que yo os he hecho, si revelais á doña Juana Nuñez lo que del infante Ismail os he dicho para que dé otra vez á su marido una ponzoña que vos hareis mejor que la otra, señor Diego de Moron, mi amo os dará de su reino cuanto querais.

—¿Pero no veis, dijo el Zurdo, que llegando á este punto es muy fácil saber si es mujer ó no es mujer la infanta doña María?

—¡Bah! contestó Ben-Tayde, esas cosas no pueden llevarse á esos términos; la verdad de esas cosas la conocen muy pocos; los demás dicen lo que oyen.

—¡Ah! exclamó Diego de Moron; es verdad, decís muy bien; hasta ahora no os habia yo creído: y por sus ojos pasó una expresión siniestra, un relámpago de muerte que Ben-Tayde no pudo ver, porque el Zurdo tenia la cabeza inclinada.

IV.

—Adios, mis buenos amigos, que creo que lo seremos, dijo Ben-Tayde levantándose otra vez: si aceptais el partido que os he hecho en nombre de mi señor el rey don Juan, venid á decírmelo esta noche junto á la ermita de la Virgen del Cármen que está mas allá de este arrabal.

—Iremos, dijo decididamente el Zurdo.

—Vaya si iremos, añadió Zancudo, y nos vendremos aquí y pasaremos la noche divirtiéndonos, que á este arrabal viene muy buena gente.

—Pues hasta la noche, dijo Ben-Tayde, y salió.

Cuando salió, ya no estaba allí Damian de la Espina; se habia escurrido.

V.

En vano le esperaron Zancudo y el Zurdo, y cansados de esperar, se volvieron á Valladolid.

—¿Que decís de esto? dijo al Zurdo Zancudo que iba pensativo.

—Digo, respondió el Zurdo, que ese perro moro, escudero del infante don Juan, tan perverso y tan infame como él, ha creído que nosotros comulgamos con ruedas de carreta, y que nos tragamos todos los disparates que nos ha dicho.

—Y qué, ¿no creéis posible todo eso?

—¡Ah! mirad: la ambicion es muy mala consejera; tanto favorece Dios á la reina doña María, que sus enemigos, desesperados, apelan á la calumnia; quieren que á la que no pueden vencer por las armas, la desprecien sus reinos, que se avergüencen de ella, y la echen como una mala mujer; y como doña Juana Nu-

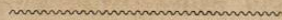
ñez está enamorada del caballero del Aguila Roja, y como que la infanta doña María se parece á él, como que es su hermana, han contado con que sabiendo por nosotros esa calumnia, doña Juana, irritada y celosa, lo cuente á todo el mundo en voz baja; pero esa voz baja se estiende y crece y llega desde los alcázares á las cabañas, y viene un dia en que la repite todo un reino; pero yo atajo esa calumnia don Melchor, yo mato esta noche á ese moro infame.

—¿Sí? pues con los infames no hay que reñir; me convenzo de lo que me decís Diego, y confieso desde ahora que servís para algo mas que para herrar caballerías.

VI.

Los dos amigos entraron en Valladolid.

Cerca del toque de queda salieron por la puerta de Santa María, resueltos á matar á Ben-Tayde, ya le encontrasen solo ó acompañado; pero esperaron en vano; Ben-Tayde no pareció.



CAPITULO X.

DE CÓMO LA PALOMILLA LOGRÓ POR EL MOMENTO MAS DE LO QUE DESEABA.

I.

No solo se habia apartado de su acechadero á tiempo Damian de la Espina, sino que dijo rápidamente á Marilinda:

—Toma estos cuatro maravedises viejos, porque no digas que yo he estado aquí, y sabe que si lo dices, te doy cuatro palos que te corcobo.

Luego salió, y no se detuvo ni un momento en el arrabal, metiéndose en la villa por la puerta de Santa María, y yéndose en derechura á casa de su señora ó mas bien de su señor el infante don Enrique, que estaba entonces en Valladolid.

II.

Marilinda no tuvo que hacer ningun esfuerzo para guardar el secreto que Damian de la Espina le habia encomendado, porque nadie la preguntó si el paje habia estado ó no allí.